



LA CATEDRAL DE REIMS.

LA CATEDRAL DE REIMS.

La celebridad que tiene la catedral de Reims no solamente proviene de la consagración de los monarcas franceses que tantas veces se ha verificado en ella, sino también de su carácter arquitectónico y de la riqueza de sus adornos.

En el sitio que ocupa hubo otros dos templos mucho menos espaciosos y bellos, el último de los cuales estaba flanqueado de torres y lleno de almenas como una ciudadela. El incendio que devoró en 1210 una parte de la ciudad de Reims destruyó también su catedral, y dos años después emprendió su reconstrucción el famoso arquitecto Roberto de Coucy. Treinta años se gastaron en esta obra, y Roberto puso la iglesia en el estado en que se encuentra actualmente, á escepcion de ciertas mudanzas hechas en el crucero y de algunos pormenores que se suprimieron cuando se consagró Carlos X.

Este templo, cuyo frontis recuerda el de Nuestra Señora de París, tiene cerca de 440 pies de largo, 95 de ancho y 250 de alto desde el suelo de la iglesia hasta la punta de las torres. El crucero tiene 150 pies y algunas pulgadas de ancho.

La portada consta de tres arcos, siendo el mas alto y ancho el de en medio, y de otros dos llenos de figuras. Se ha seguido en ella el sistema piramidal. La abertura del arco principal es de 85 pies. Estos arcos están llenos de estatuas, las primeras de las cuales que empiezan por el pavimento, tienen 7 pies y medio de altura, conteniendo toda la portada mas de 550 estatuas de todos tamaños. El arco de la izquierda representa la Pasión; el de la derecha el Juicio universal, y el del medio la coronación de Nuestra Señora. Entre las torres mas altas que la rosa, está representado el bautismo de Clodoveo, y mas abajo el combate de David con Goliath. Sobre la puerta de la entrada se ve un milagro de S. Remigio, resucitando á uno que habia legado sus bienes á la iglesia, y cuyos herederos disputaban la donación; el muerto se levanta á dar testimonio del hecho.

Las torres rumatan en una especie de hornete cuadrado. La mas baja de ellas encierra la famosa campana *Carlota* que pesa 25 millares de libras, y cuya armonía no tiene disonancia alguna. En el año de 1795 fue respetada por la revolución.

Se sube á estas torres por una escalera de 280 escalones. Toda la iglesia está cubierta enteramente de plomo, y la armadura colosal de este edificio se cree que es de castaño; aunque un celebre naturalista asegura que no es sino de encina bellotera, cuya corte se parece mucho á la del castaño. Igual observación es aplicable á la mayor parte de las antiguas iglesias de Francia. En medio del crucero hay un reloj de dos toques, uno para las horas y el otro para las medias horas: el primero toca la música de los diferentes himnos de la iglesia en las diversas épocas del año.

Á la estremidad del techo opuesto á las torres hay un campanario de casi sesenta pies de alto, sobre cuya aguja está colocado un ángel de latón dorado de 6 pies. Al derredor del campanario hay ocho estatuas gigantes que representan personas condenadas al último suplicio, y á lo que se cree aluden á la rebelión y castigo de los habitantes de Reims contra el obispo Gervasio en el siglo XI. Una de las figuras presenta señales de haber sufrido la marca; otra saca dinero de un bolsillo, y otras, atravesadas por diferentes partes, tienen en sus manos listas de impuestos, causa al parecer de su desgracia. En

el coro de la catedral habia en un tiempo otras figuras semejantes en camisa.

En la bóveda de una de las dos puertas que se ve á la parte lateral izquierda, hay gran número de figuras pequeñas de pecadores y demonios que se están burlando del martirio de S. Nicasio y los milagros de S. Remigio. Entre los demonios habia algunos en actitudes indecentes, que los canónigos mandaron mutilar poco antes de la revolución.

Se comunica la luz á la catedral por una multitud de ventanas, la mayor parte de cuyos vidrios están pintados, y por cuatro rosas ó ventanas redondas. Nada puede compararse en magnificencia á la rosa de la portada, á la de la galería envidriada que está bajo de ella y á la rosa menor, situada en la honda abertura practicada bajo de la que acabamos de hablar.

La reunión de estos vidrios produce un efecto admirable; particularmente cuando colocándose en el centro de la nave se contempla el conjunto de ellos en el momento de ponerse el sol.

El órgano es una obra maestra: tiene tres hileras de cañones de 38 pies de altura, y 25 rejís ros: antiguamente contaba 12 fuellos.

El pueblo de Reims asegura que el cubo de la pila bautismal sirvió en un tiempo para el bautismo de Clodoveo.

En tiempo de la revolución se vió amenazada esta catedral de una ruina completa. Se iba á ponerla en venta en Chalons, cuando un vecino de Reims propuso que se estableciera en ella un *Club* republicano. Adoptóse la idea, y salvó este magnífico monumento que los vándalos hubieran acaso demolido para vender los materiales, ó que á lo menos hubieran destrozado.

Napoleon aplicó considerables cantidades para reparar la catedral de Reims; la restauración siguió este ejemplo, y cuando se trató de la consagración de Carlos X se hicieron algunas mudanzas en ella. Se temió que algunas de las muchas estatuas que adornaban las paredes podrían caer cuando se disparase la artillería y se volteasen las campanas, y se las quitó. Se blanqueó lo interior de la iglesia, y se pintó el techo de azul con lises de oro, como solia hacerse en las iglesias de fundación real. El blanqueo tenia por objeto el achicar en apariencia el templo acercando mas entre sí las paredes; en cuanto al techo, pintado de azul ya se deja conocer el mal efecto que haria.

El claustro de la catedral era en lo antiguo un sitio de asilo, y los que se retiraban á él no podían ser cojidos por los oficiales del arzobispo, y mucho menos por los del rey. Habiendo prendido un alguacil real á un ladrón en la catedral el año de 1153 fue ahorcado en lugar del ladrón por haber violado el asilo.

En el siglo XIV, en tiempo en que los arzobispos procuraban retener un poder que se les iba escapando, luchaban contra el ascendiente de los comunes y encarcelaban á los vecinos inquietos, se imaginó un expediente muy singular y fácil para rehabilitar la memoria de los que morian en la cárcel y cuya inocencia llegaba despues á reconocerse. Los oficiales del arzobispo entregaban á los parientes el cadáver del acusado, ó en su lugar una efigie suya. Se publicaba entonces su justificación, y se tributaban á su efigie los honores que se le hubieran tributado á él mismo, hasta los de la sepultura eclesiástica, y de este modo salian bien librados y á poca costa los oficiales del arzobispo cuando cometian alguna injusticia.

Los regidores obtuvieron al cabo que no se pudiese prender á ningún vecino sin motivar el crimen de que se le acusaba. En 1124 existía en Reims, así como en París,

una costumbre que sin duda duró poco. A los condenados á muerte se les echaba al agua.

A mediados del siglo XVI había en Reims una costumbre aun mas rara que todas las que se seguian en otras partes en muchas festividades religiosas. El miércoles santo despues de tinieblas iba todo el clero de la catedral á hacer una estacion á la iglesia de S. Remigio. Los canónigos, ordenados en dos filas y precedidos de la cruz conducian cada uno tras de sí un harenque atado á una cuerda, por lo cual se llamaba la procesion de los harenques. Cada canónigo procuraba marchar sobre el harenque del que le precedia, no descuidándose de impedir que el que le seguia marchase sobre el suyo. El capítulo hizo diferentes reglamentos contra este desorden; pero no pudo corregirse sino suprimiendo la procesion.

El día de Pascua despues de la misa iban los canónigos de la catedral procesionalmente al claustro donde estaba puesta una mesa y en ella un cordero asado. Despues de bendecirlo el semanero, cada canónigo, á peligro de quemarse, tomaba su racion con las manos, y tenia que comerla apriesa. Durante esta comida precipitada entonaba el coro la antífona de *Hæc dies*.

Pero no faltaron quienes se opusiesen á costumbres tan contrarias al verdadero espíritu del evangelio. « En 1585 un concilio provincial de Reims prohibió absolutamente el hacer en las festividades de Nuestro Señor y de los santos bajo pretesto ninguno de costumbre representaciones teatrales ni farsa alguna ridícula que pudiese mancillar el honor y santidad de la casa de Dios, y que los contraventores fuesen castigados por sus superiores. »

En los siglos de ignorancia se veía amenudo esta mezcla de indulgencia para con los desórdenes mas chocantes, y de castigos indecentes y muy severos para con las faltas ligeras. En 1174 el dean hizo azotar en pleno capítulo al archidiacono Rothardo, nombrado para el obispado de Chalon y pariente del rey de Francia, por haberse hallado en una ceremonia religiosa sin su vestido de coro. Rothardo dió muchas gracias al dean por su severidad.

En 1205 un tal Gerard, dean del arzobispado atacó á la autoridad de los canónigos arresando á un vecino de su cargo. El capítulo se vengó cruelmente estando la sede vacante. Formó causa al dean, que se presentó en camisa en una procesion jeneral con la argolla al cuello y los pies descalzos, y recibió la disciplina por mano del semanero. Las flagelaciones eran entonces muy comunes.

En 1148 hubo en Reims un hereje de una especie particular. Llamábase *Eum*, y oyendo cantar en la iglesia: *Per eum qui venturus est judicare vivos et mortuos*, llegó á imaginarse que él era aquel *Eum* que debia venir á juzgar á los vivos y á los muertos, y lo que es mas, llegó á persuadirlo á partidarios tan entusiastas que desafiaban á los tribunales y los castigos. *Eum* tuvo que comparecer ante un concilio, presidido por el papa Eugenio, y compuesto de mil y cien legos, donde se le condenó á perpetuo encierro en una torre del palacio arzobispal que se llamó *Eum* hasta que la destruyó el arzobispo Le Tellier á últimos del siglo XVII.

PANORAMA MATRITENSE.

UNA NOCHE DE VELA.

*¡Oh variedad común, mudanza cierta!
¡quién habrá que en sus males no te espere,
quién habrá que en sus bienes no te tema?*

ARGENSOLA.

I.

Doy por supuesto que todos mis lectores conocen lo que es pasar una noche en un alegre salon, saboreando las dulzuras del carnaval, en medio de una sociedad bulliciosa y partidaria del movimiento; quiero suponer que todos ó los mas de ellos comprenden aquel estado feliz en que constituye al hombre la grata conversacion con una linda pareja, el ruido de una orquesta armoniosa, el resplandor de la brillante iluminacion, la risa y algazara de todos aquellos grupos, que se mueven, que se cruzan, que se separan, y que luego se vuelven á juntar. Quiero igualmente sospechar, que concluido el baile y llegada la hora fatal del desencantamiento, alguno de los concurrentes, lleno el corazon de fuego y la cabeza de magnificas ilusiones, reconcentrado su sistema vital en el interior de su imaginacion, no haya hecho alto en la exterioridad de su persona; no haya reparado en la humedad de su frente, en la dilatacion de sus poros, en el ardor exagerado de su pulmon; y que tan solo ocupado en sostener una blanca mano para subir á un coche, ó en aguardar el turno para reclamar su capa en un frio callejon, apenas haya reparado que el sudor de su rostro se ha enfriado, que su voz se ha enronquecido, que su pecho y su cabeza van adquiriendo por momentos cierta pesadez y mal estar.

Doy por supuesto que el tal, de vuelta á su casa, sienta unos amables escalofrios, amenizados de vez en cuando con una tosecilla seca, sendos latidos en las sienes, y un cierto aumento de gravedad en la parte superior de su máquina, que apenas le permite tenerse en pie. Quiero imaginar que le asaltan las primeras sospechas de que *está malo*; y que tiene que transigir por lo menos con una fuerte consúpacion; que se mete en la cama donde le coge un involuntario y frio temblor, y luego un ardor insoportable; pero se consuela con que merced á un vaso de limonada ó un benéfico sudor, bien podrá estar á la noche en disposicion de repetir la escena anterior. Supongo por último que esta esperanza se desvanece, pues ni el sudor ni el sosiego son bastantes á devolverle la perdida salud; con lo cual y sintiéndose de mas en mas agravado, hace llamar á su médico, quien despues de echarle un razonable sermon por su imprudencia, le dice que guarde cama, que se abstenga de toda comida, y que beba no sé que brevages purgativos, intermedjados de cataplasmas al vientre, y amenizado el todo con sendos golpes de sanguijuelas donde no es de buen tono nombrar. Remedios únicos en que se encierra el código de la moderna escuela facultativa, y que parecen ser la *ponacéa* universal para todos los males conocidos.

Pues bien; despues de supuesto todo ello, quiero que ahora supongan mis lectores que el sugeto á quien acontecia aquel desman, era el Condesito del Tremedal, sugeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales, su desenfadada imaginacion, y una cierta fama de superioridad, debida á las conquistas amorosas á que habia dado fin y cabo en su magestuosa carrera social. Cualidades eran estas muy envidiables y envidiadas; pero que

para el caso actual no le servían de nada, preso entre vendas y ligaduras, inútil y agoviado, ni más ni menos que el último parroquiano del hospital.

Mediaba sin embargo alguna diferencia en la situación exterior de nuestro conde, si bien su naturaleza interior revelaba en tal momento su completa semejanza con los seres á quienes él no hubiera dignado compararse. Hallábase, pues, en su casa, asistido mas ó menos cuidadosamente, en primer lugar por su esposa, jóven hermosa y elegante de veinte y cuatro años, que sino recordaba á Artemisa, por lo menos era grande apasionada de las heroínas de Balzac. Luego venía en la serie de sus *veladores* un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa; militar cortésano; cómplice en las amables calaveradas del esposo; encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal; de suplir su ausencia en el palco, en el salón, en las cabalgatas; depósito de las muchas confianzas de ambos consortes; y mueble en fin, como el lorito ó el galgo inglés, indispensable en toda casa principal y de buen tono.

En segundo término del cuadro, ofrecíase á la vista una hermana solterona del conde, que segun nuestras venerandas sábias leyes, estaba destinada á vegetar honestamente, por haber tenido la singular ocurrencia de nacer hembra, aunque fruto de unos mismos padres, é igual á su hermano en sangre y derechos naturales. Añádase á esta injusticia de la ley, la otra injusticia con que la naturaleza la habia negado sus favores, y se formará una idea aproximada de la cruel posicion de esta indefinida virgen, con treinta y dos años de expectativa, y dotada ademas de un gran talento, que no sé si es ventaja al que nace infeliz y segundón. En compensacion, empero, de tantos desmanes, todavía podia alimentarse en aquel pecho alguna esperanza, hija de la falta de descendencia del conde, esperanza no muy moral en verdad, pero lo suficientemente legal para prometerse algun dia ocupar un puesto distinguido en la sociedad.

Rodeaban, en fin, el lecho del enfermo varios parientes y allegados de la casa.—Una tia vieja, viuda de no sé que consejero, y empleada en la real servidumbre; archivo parlante de las glorias de la familia; cadáver embalsamado en almizcle; figura de cera y de movimiento; tradición de la antigua aristocracia castellana; y ceremonias formuladas de la etiqueta palaciega.—Un ayuda de cámara, secretario del secreto del Señor Conde, su confidente y particular favorito para todas aquellas operaciones mas allegadas á su persona.—Varias amigas de la condesa y de su cuñada, muchachas de humor y de travessura con sus puntas de coqueteria.—Un vetusto mayordomo disecado en vívica, vera efigies de una cuenta de quebrados; con su peluca rubia, color de oro; su pantalón estrecho como bolsillo de mercader; su lavina de arpillera; su nudo de dos vueltas en la corbata; el puño del baston en forma de llave; los zapatos con hebilla de resorte; un cascado por sellos en el reloj y este sin campanilla, de los que apuntan y no dan; persona en fin tan análoga á sus ideas, que venia á ser una verdadera formulacion de todas ellas, un compendio abreviado de su larga carrera mayordomil.—El resto del acompañamiento componíase tal cual elegante doucel que aparecía de vez en cuando para informarse de la salud de su amigo el condesita; tal cual vecina ebullitana y entrometida que llegaba á tiempo de proponer un remedio milagroso, ó verter una botella de tisana, ó destapar diátrida un vaso de sanguijuelas; el todo amenizado con el correspondiente acompañamiento de médicos y quirúrgicos; practicantes y gentes de ayuda; criados de la casa; porteros, lacayos, niños, viejas y demas del caso.—¡Ah! se me habia olvidado; allá en lo mas escondido de la al-

coba, como el que se aparta algunos pasos de un cuadro para contemplar mejor su efecto de luz, se veía un hombre, sério, triste y meditabundo, que apenas parecia tomar parte en la acción, y sin embargo moderaba su impulso; el cual hombre, segun lo que pudo averiguarse, era un antiguo y sincero amigo de la familia, á quien el padre del conde dejó encomendado este al morir; que le quería entrañablemente; pero que mas de una vez llegó á serle enojoso con sus consejos francos y desinteresados; pero en aquella ocasion el pobre enfermo se hallaba naturalmente mas inclinado á él; y no una vez sola despues de recorrer la desenajada vista por todos los circunstantes, llegaba á fijarla largo rato en aquella misteriosa figura, la cual correspondia á su mirada con otra mirada, y ambas venian á formar un diálogo enteró.

II.

Era segun los cómputos facultativos el séptimo dia, digo mal; la séptima noche de la enfermedad del conde. Su gravedad progresiva habia crecido hasta el punto de inspirar serios temores de un funesto resultado. El médico de la casa habia ya apurado su ordinaria farmacopea, y temeroso de la grave responsabilidad que iba á cargar sobre su única persona, determinó repartirla con otros compañeros que, cuando no á otra cosa, viniesen á atestiguar que el enfermo se habia muerto en todas las reglas del arte. Para este fin propuso una *junta* para aquella noche; indicacion que fue admitida con aplauso por todos los circunstantes, que admiraron la modestia del proponente, y se apresuraron á complacerle.

Designada por el mas antiguo en la facultad la hora de las ocho de aquella misma noche para verificar la reunion, viéronse aparecer á la puerta de la casa, con cortos minutos de diferencia, un *biracho* y un *bombé*; un *cabriolé* y un *tilbury*; ramificaciones todas de la antigua familia de las *calesas*, y representantes en sus respectivas formas del progreso de las luces, y de la marcha de este siglo correton.

Del primero (en el orden de antigüedad), de aquellos cuatro *equipages*, descendió con harta pena un vetusto y cuadrilátero doctor, hombre de peso en la facultad, y aun fuera de ella; rostro fresco y sonrosado, á despecho de los años y del estudio; harriga en prensa y sin embargo hiena; traje simbólico y anacronímico, representante fiel de las tradiciones del siglo diez y ocho; baston de caña de indias de tres pisos, con su puño de oro macizo y refulgente; y gorro en fin de doble seda de Toledo, que apenas dejaba divisar las puntas del atusado y grisiento peluquín.

Seguia el del *bombé*; estampa grave y severa; ni muy gorda, ni muy flaca, ni muy antigua, ni muy moderna; frente de duda y de reflexion; ni muy calva, ni con mucho pelo; ojo anatómico y analítico; sencillo en formas y modales como en palabras; traje cómodo y aseado, sin afectacion y sin descuido; sin sortija ni baston, ni otro signo alguno exterior de la facultad.

El *cabriolé* (que por cierto era alquilado) produjo un hombre chiquitillo y lenguaraz, azogado en sus movimientos é interminable en sus palabras; descuidado de su persona; con el chaleco desabotonado, la camiseta entreabierta, é inclinado hácia el pescuezo el lazo del corbatín. Este tal no llevaba guantes, para lucir cinco sortijas de todas formas, y su correspondiente baston, con el cual aguijaba al caballo (que por supuesto no era suyo), y llegado que hubo á la casa, saltó de un brinco á la calle, y subió tres á tres los peñales de la escalera.

El cuarto carruaje en fin, el *tilbury*, lanzó de su seno un elegante y apuesto maneco, cuyos estudiados modales, su fino guante, sus blancos puños, su bien cortada

levita, el asco y pavor en fin de toda su persona representaba al físico viajador, culto y sensible, al médico de las damas; su semblante juvenil sobradamente severo para su edad, revelaba el deseo de sobreponerse á ella, afectando un sí es no es de gravedad científica y de profunda reflexion que no decía bien con el complicado nudo de su corbata; si bien su mirar profundo y animado daba luego á conocer un alma bien templada para el estudio y entusiasmada con la idea de un glorioso porvenir.

Después del reconocimiento y de las preguntas de estilo, á que contestaba como sustentante el médico de cabecera, quedaron, pues, los cuatro doctores instalados en un gabinete inmediato, para tratar de escogitar los medios de oponerse al vuelo de la enfermedad. Animados por este filantrópico deseo, la primera diligencia fue pasar de mano en mano petacas y tabaqueras, hasta quedar armónicamente convenidos, cual con un purísimo cigarro de la Habana, cual con un abundante polvo de aromático rapé.

El primer cuarto de hora se dedicó como es natural á pasear el discurso sobre varias materias todas muy interesantes y oportunas; tales como la rigidez del invierno, las muchas enfermedades, y la aperreada vida que con tal motivo cada cual decía traer. Allí era oír asegurar á uno que á la hora presente llevaba ya arrancadas catorce víctimas á las garras de la muerte; allí el afirmar muy seriamente otro que aquella noche había estado de parto; cual limpiándose el sudor repetía el discurso que acababa de pronunciar en una junta; y cual otro metía prisa á los demás por tener, según decía, que contestar á cuatro consultas por el correo.

Después de compadecerse mutuamente, entraron luego á compadecerse de sus caballos y de sus míseros carruages, amenizando el diálogo con la historia de sus compras, cambios y composturas, y el interesante presupuesto de sus gastos; y de aquí vino á rodar el discurso sobre el obligado clamor de la escasez de los tiempos, y las malas pagas de los enfermos que sanaban, y el escaso agradecimiento de los que morían. A propósito de esto tomó la palabra el rostri-seco, y habló de las elecciones, y analizó largamente los últimos partes del ejército, á que contestaron los demás con la mudanza de ministerio, y el resultado de la última interpelación.

Después de haber discurrido largamente por estos alrededores de la facultad, pensaron que sin duda sería ya tiempo de entrar de lleno en ella, y empezaron á disertar sobre la causa posible de las enfermedades, colocándola unos en el estómago, otros en la cabeza, cual en el hígado, y cual en el tobillo del pie. Aquí hubo aquello de defender cada cual su sistema médico favorito, y se declaró el viejo fiel partidario de los antiguos aforismos, y del tónico método de Juan Brown, á lo que contestó el serio con toda una exposición del sistema fisiológico, y del tratamiento antilogístico y de la dieta de Broussais. Replicó el tercero (que era el pequeño) con una descarga cerrada de burletas y sinrazones contra todos los antiguos y futuros sistemas, diciendo que para él la medicina era una adivinanza, hija de la casualidad y de la práctica; y que solo empíricamente podía curarse, por lo cual no admitía sistema fijo, y que si tal vez se inclinaba á alguno, parecía mejor que ningún otro el de Mr. Le-Roy, por lo hercúleo y resolutivo de su procedimiento. Una ligera sonrisa de desden que se asomó á los labios del físico elegante bastó para dar á conocer la superioridad en que se colocaba á sí mismo sobre todos sus compañeros; si al mismo tiempo no hubiera querido consignarla con la palabra, exponiendo científicamente los errores de los diversos sistemas anteriores, y la filosofía de un nue-

vo descubrimiento á que él como joven se hallaba naturalmente inclinado, esto es; la medicina homeopática del doctor Hanneinan.

Aquí soltó el viejo una carcajada, y el chiquito lanzó varios epigramas sobre el sistema de curar las enfermedades en sus semejantes, preguntándole si, como decía Talleyrand, acostumbraba cortar la pierna buena para curar la mala, con otras sandeces que irritaron la hidis del homeopático, y descargó una formidable filípica contra los charlatanes que, según él dijo, desouraban la noble ciencia de Esculapio; á lo cual el Brusista trató de aplicar sus emolientes, y el antiguo Galeno dar un nuevo tono á la desentonada conversacion.

En esto uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el adusto incógnito de que antes hicimos mención) tuvo la descortesía de abrir despacito la vidriera del gabinete, para advertir á aquellos señores que el pobre enfermo se agravaba por instantes, y preguntarles si habían acordado á buena cuenta alguna cosa que poder aplicarle, mientras llegaba la resolución formal de aquella cuádruple alianza. Los Doctores quedaron como embarazados á tan exótica demanda; pero en fin salieron de ella diciendo; que hiciesen saber al enfermo que tuviese un poquito de paciencia para morirse, porque ellos á la sazón estaban formalmente ocupados en salvarle, y mientras tanto que esto hacían, formaban sinceros votos por su alivio, y sentían hacia su persona las mas fuertes simpatías; con lo cual el interpelante volvió á retirarse, á comunicar al enfermo tan consoladora respuesta.

Declarado el punto suficientemente discutido respecto á el diagnóstico y el pronóstico, vinieron por fin á proponer la curacion, y fiel cada cual á sus respectivos métodos, indicaron, el Brownista un tónico *recípe* de treinta y dos ingredientes entre sólidos y líquidos, pero con la condición de tenerlo todo cuarenta y ocho horas en infusion, y que se había de hacer precisamente en la botica de... y entre tanto que la muerte tuviese la bondad de aguardar.—El alumnio de Broussais sostuvo que á beneficio de seis docenas de sanguijuelas y cuatro sangrias se cortaría el mal, y que para sostener las fuerzas al enfermo no había inconveniente en administrarle de vez en cuando algun sorbo de agua engomada, ó un azucarillo.—El homeopático puso á discusión la aplicacion de la vigesimillonésima parte de un grano de arena, disuelto en tinaja y media de agua del Rhin, con lo cual se habían visto pasmosas curaciones en el hospital de Meckelembourg-Sirelitz.—El empírico en fin propuso que el enfermo se levantara y saliese á paseo, tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del vomí-toni-purgui-veloc fero de Le Roy.

Dejo pensar á mis lectores la impresion que semejantes propuestas harian respectivamente en el ánimo de todos los doctores; por último; viendo que ya era pasada la hora, y que otros mil enfermos reclamaban el auxilio de su ciencia; convinieron en que, supuesto que el médico de cabecera había seguido su sistema con este parroquiano, cada uno continuase haciendo lo propio con los suyos; por último, después de acordar por la forma unos nuevos sinapismos y no sé que purga, decidieron unánimemente que sería bueno que el enfermo fuese preparando sus papeles, por si acaso le tocaba marchar en el próximo convoy, todo lo cual dijeron con aire sentimental á aquel señor feo de cara, de que queda hablado, y después de asegurarle del profundo acierto con que el médico de la casa dirigia la curacion, recibieron de manos del mayordomo sendos doblones de á ocho, y marcharon contentos á continuar sus graves ocupaciones.

EPI.

Aquella noche como la mas decisiva é importante se brindaron á quedarse á velar al enfermo casi todos los interlocutores de que queda hecha mención al principio de este artículo; y convenidos de consuno en vacacionar por *señal de la vela* al severo anónimo, pudo este dar sus disposiciones para que cada uno ocupase su lugar en aquella terrible escena. Hízose, pues, cargo del improvisado botiquín, que en multitud de frascos, tазas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasificó con sendos ruidos la oportunidad de cada uno; dió cuerda al reloj para consultarle á cada momento, y escribió un programa formal de operaciones, desde la hora presente hasta la salida del sol.

La vieja óia por su parte, entró á su lacayo por la escofeta y el mantón, y sacó de su bolsa un rosario de plata cargado de medallas, y un elegante libro de Meditación, encuadernado por Alegre. La juventud de ambos sexos dirigida por el amable militar, se encargó de distraer á la condesita y su hermana. Revendoselas al efecto á un apartado gabinete, donde para enredar las largas horas de la noche y conjurar el sueño improvisaron en su presencia una modesta partida de *ecarte*. El mayordomo, el ayuda de cámara, acompañados de la turba de familiares, quedaron en la alcoba á las órdenes del jefe de noche, para alternar armónicamente en la vela.

Todo estaba previsto con un orden verdaderamente admirable; cada cual sabia por minutos la serie de sus obligaciones, y durante la primera hora todo marchó con aquella armonía y compás con que suelen las diversas ruedas y cilindros de una máquina al impulso del agente que los mueve. La vieja recaba sus letanías, y aplicaba reliquias y esepularias á la boca del enfermo; el mayordomo recibía de manos de los criados las medicinas, y las pasaba al ayuda de cámara, el cual las hacía tomar al paciente; uno revolvió á este en su lecho; otro almecaba las almohadas y extendía los sinapismos; el incógnito en fin velaba sobre todas, y corría de aquí para allí para que nada faltase á punto. Entre tanto en el gabinete del jardín el alumno de Marte redoblabá sus agudezas para distraer á las señoras; aplicaba bálsamos confortantes á las sienes de la condesita, sostenía los almohadones, y de paso la cabeza que en ellos se apoyaba, y con el noble pretexto de evitar un acceso nervioso tenía entrambas manos fuertemente estrechadas en las suyas.

De pronto un fuerte desmayo acomete al enfermo; sueñan voces y campanillas, y los que jugaban en el gabinete, y los que charlaban en la sala, y los mozos que dormían en las calchones improvisados en los pasillos, todos se mueven apresurados, y corren todos á la alcoba. El enfermo, sostenido por su buen amigo, yace desfallecido é inerte; los circustantes prorumpen en diversas exclamaciones.—«El médico, llamar al médico!»—«El confesor!»—«El escribano!»—Cual saca un pomo de aleari y casi se lo introduce por la uria; cual acude diligente con una estopa encendida para aplicársela á las sienes; este le frota los pulsos con *agua balsámica de la Meca* y *espuma de Venus* que encuentra en el tocador de la señora; aquel va á la cocina por *vinagre*, y viene diligente á rociarle la cara con el aderezo completo de la ensalada. Entre tanto las mujeres chillan—; pobrecito!—Se ha muerto!»—Los hombres imponen silencio á voces—la vieja reza en alto en un latín que no entendería el mismo San Gerónimo—la señora se desmaya y cae redonda... en un mullido sofá. El peligro y la atención se dividen entonces; los unos abandonan al conde; los otros corren á la condesa; los agudos chillidos de este despierta en fin á aquel de su letargo; abre los desencajados ojos; mira en derredor de

sí, y se ve rodeado de figuras angustiosas, que le miran ya como cosa del otro mundo; y empiezan á contemplarle con aquel silencioso respeto con que se contempla á un cadáver.

Allí en el fondo, y detras de aquellos grupos misteriosos, se deja ver un hombre melancólico y de mirar sombrío; que aparece allí como el precursor de la muerte, como el abanzado portero de las puertas de la eternidad. Aquel hombre siniestro habia sido introducido con precaucion en la alcoba por el viejo mayordomo, que hablaba con él en voz baja, despues de haber dicho dos palabras al oido de la Señora, y hecho tres profundas cortesías á la hermana del Conde.

Algun tanto despejado ya este, no se bien si por prudencia ó por precepto, fueron desapareciendo de la alcoba todos los circustantes, á escepcion del jefe de la vela, el mayordomo y su misterioso compañero.—Aquí tiene V. S., Señor conde, á nuestro honrado secretario, el Sr. D. Gestas de Uñate, que viene á informarse de la salud de V. S. y de paso á saber si á V. S. se le ofrece alguna cosa en que pueda complacerle.—«Ay Dios mui exclamó el conde. ¡El escribano! me muero sin remedio.—¿Quién dice tal cosa? señor Conde, (interrumpió el escribano) yo solo vengo á ley de buen servidor de V. S. á ponerme á sus órdenes, y ofrecerle mi inutilidad. No es esto decir que V. S. liciera mal en haber pasado en mi ministerio antes de ahora, porque al fin todos somos mortales, y cuando el hombre tiene arreglados sus negocios...»

El severo velador del Conde habia guardado silencio durante esta corta escena, como sorprendido de la audacia del mayordomo, y penetrado de la misma idea terrible que habia asaltado al conde; sin embargo no dejó de reconocer que en el estado en que este se hallaba, acaso aquel paso tenia mas de prudente que de audaz, por lo cual trató de poner en la balanza todo su influjo para inclinar al conde á someterse á aquel terrible deber.—No tardó este en ceder á los consejos de la amistad, y á lo crítico de los momentos, y significando por señas su resignación, dió orden al mayordomo de que abriese cierto bufete, donde hallaría un pliego cerrado que contenia su última voluntad, el cual formalizase con todas las cláusulas necesarias, y el lo firmaría despues.—Pero por Dios, (añadió) que nadie se entere de mis secretos hasta despues de mi muerte; este amigo, (dirigiéndose al incógnito) el mayordomo y el ayuda de cámara pueden ser los únicos testigos, y les reclamo la observancia de mi encargo.—

IV.

Aquellas tres cortesías del escribano y del mayordomo á la hermana del Conde, habían tambien hecho variar el espectáculo del retirado gabinete del jardín. Los amables interlocutores que en el se reunían, arrancados á sus ilusiones por la escena del último amago de la muerte, empezaban á creer de veras su posibilidad, y á calcular las consecuencias consiguientes en aquella casa. La próxima viuda, sin tanto aparato de desmayos, ampezaba ya á manifestar una verdadera inquietud, en tanto que por un movimiento eléctrico, los vaporesos ataques habíanse inculado en la persona de la hermana, para quien las ya dichas cortesías del mayordomo y escribano acababan de darla á sospechar un magnífico porvenir. Los cuidados de todos los circustantes se convirtieron, como era de esperar, hácia el nuevo peligro, hácia la inmensamente acometida; y á pesar de que los visages de su feo rostro, fuertemente contraido en todas direcciones, pusieran espanto al hombre mas audaz y denodado; y por mas que formase un admirable contraste la sentimental y ya verdadera tristeza de la hermosa faz de la condesita, veíase esta sola por una de las anomalías tan frecuentes en este picaro mun-

do, al paso que todos se apresuraban á reunirse en grupo, auxiliador ó derredor de la presunta heredera. ¡Oh leyes! ¡oh costumbres!...

Al frente de todos aquellos celosos servidores, distinguíase el mismo jóven militar favorito de la condesa, que poco antes no parecía existir sino para ella, y ahora olvidando sus gracias, y cerrando los ojos sobre la triste figura de la cuñada, se apresuraba á sostener á esta, á consolarla, y yacía arrodillado á sus pies, estrechando su mano y aparentando toda la desesperación de su romántico dolor.... La convulsa heredera, sensible sin duda á esta súbita expresión de un género tan nuevo para ella, hizo un parentesis á su terrible accidente; entreabrió sus cerrados párpados, dirigió sus hundidas pupilas al amable interpelante, y con un gesto inexplicable en que se retrataba la caricatura del dolor, correspondió con un suspiro á otro suspiro, y abandonó su mano á los labios del jóven triunfador; este entonces alzando la osada frente en señal de su próxima apoteosis, paseó sus miradas por todos los circunstantes con una sonrisa de desden; pero al llegar á fijarlas en los hermosos ojos de la futura viuda no pudo menos de bajar los suyos entre dudoso y turbado.

En este momento la puerta del gabinete se abre. — El escribano, el mayordomo y el ayuda de cámara se presentan, siguiendo al amigo incógnito. Este procurando ocultar su conecion, manifiesta á los circunstantes que su amigo el Conde había dejado de existir.... Todos se agrupan en torno de la nueva condesa.... El escribano lee entonces el testamento, y la decoración vuelve á cambiar.... El conde declaraba en el tener un heredero natural, habido en una de sus varias escursiones amorosas antes de contraer su matrimonio; pedía perdón á su esposa por este secreto, y la encargaba la tutela y dirección de su legítimo heredero; en cuanto á su hermana, la dejaba pasar tranquilamente á ocupar un vástago lateral en el tronco genealógico.

De esta manera nacieron, se manifestaron y desaparecieron como el humo tantas esperanzas y quiméricos proyectos; y la luz matinal que ya empezaba á iluminar aquella estancia, vino á poner de manifiesto el desengaño de aquellos desengañados semblantes; amigos y dependientes rodearon á la condesa viuda, tutora y gobernadora; y cada cual se esforzaba en manifestarla su no interrumpida adhesion, y á proponerla varios planes halagüeños; pero el severo Velador, valiéndose de su persuasiva influencia, la aconsejó por entonces lo único que debía aconsejarla, y era que se retirase á descansar. Hizolo así, con lo cual todos los circunstantes fueron desapareciendo. Y luego que quedó solo el incógnito, se arrojó á un bufete, tomó una pluma, escribió largo rato, puso al principio de su discurso este título: «Una noche de vela» y al final de él estampó esta firma

El Curioso parlante.

NEWTON.

Cuando se quiere hacer concebir una idea de la altura á que puede llegar el entendimiento humano, se cita á Newton, sus descubrimientos y sus obras. La nación que produjo á este hombre tan extraordinario le ha opuesto siempre con noble orgullo á cuanto los demas pueblos han hecho en favor de las ciencias, reclamando para él la mayor parte de la gratitud del mundo sabio. Galileo fue perseguido en Italia, Descartes fue francés, y la Francia no supo conservar lo. Inglaterra se mostró mas justa para con el hombre cuyo genio contribuia á

la ilustracion nacional. Newton fue honrado en su patria, y esta decretó homenajes brillantes á su memoria.



NEWTON.

Acababa de morir Galileo en el año de 1642, cuando Isaac Newton nació en Woolstrop, condado de Lincoln, para reemplazar al filósofo florentino, continuar sus trabajos, y estender y completar sus descubrimientos. Pero este niño que debía realizar tan grandes esperanzas había nacido tan endeble, que se dudaba pudiera vivir. Una madre prudente vigilaba por fortuna sobre él y consiguió conservar su vida. Su infancia fue feliz y tranquila, aunque progresó poco en los primeros estudios á que se dedicó: destinábase su madre á un empleo, que ciertamente no le convenia, cual era el de administrar su patrimonio é inspeccionar el cultivo de sus posesiones y la venta de productos. El jóven Newton dominado por su afición á las matemáticas, manifestó tan poca aptitud para todo lo demas, que fue preciso condescender con su gusto y no violentar su vocacion. Enviáronle pues á Cambridge, donde en pocos años hizo todos los descubrimientos que le han inmortalizado, es decir, las leyes fundamentales de la astronomia física, la descomposicion de la luz, y el cálculo de las mareas. En 1665 fue catedrático en Cambridge; pero como la peste desolase aquella ciudad al año siguiente, se retiró á su hacienda de Woolstrop, donde prosiguió sus estudios científicos, hasta que pudo volver á la universidad á continuar su magisterio. La sociedad real de Londres le nombró individuo suyo en el año de 1672, y desde entonces empezaron á publicarse sucesivamente sus memorias sobre la óptica en las Transacciones filosóficas. Como sus doctrinas eran nuevas, no se admitieron en todas partes sin una oposicion, que á veces fue rigorosa. Newton estuvo ya para condenar á perpetuo olvido todos sus conocimientos, púese era motivo de discordia entre los sabios, no queriendo, decía él, exponerse á perder un bien tan

real como el reposo, por correr tras una sombra. Cuando publicó una de sus principales obras titulada: *Principios matemáticos de la filosofía natural*, previó desde luego las contradicciones que tendría, y decía al astrónomo Halley: «La filosofía es una dama muy quisquillosa; y es difícil evitar que os arme un pleito por pocos negocios que tengáis que tratar con ella.»

(Se concluirá.)

EL ATENEO.

CATEDRA DEL SEÑOR LA SAGRA.

En la noche del miércoles 21 presentó esta científica corporación una de aquellas escenas de entusiasmo filantrópico que vienen á desmentir noblemente á los sistemáticos detractores de la humanidad, y á servir de consuelo á las almas sensibles, que creen todavía que la beneficencia y la virtud son naturales á el hombre, y los perpetuos manantiales de sus mas puras sensaciones.

El señor D. Ramon de la Sagra, celoso é ilustrado español, cuyo nombre distinguido por sus largos y filosóficos viajes y científicas obras pertenece á las principales sociedades filantrópicas de Europa y de América, á poco tiempo de su llegada á esta capital hace pocos meses, fue invitado por el Ateneo á contribuir con sus conocimientos á la grande obra de la ilustración pública, poniendo en noticia de sus conciudadanos con la debida crítica filosófica todas las observaciones que forman el resultado de sus largos viajes por los estados mas civilizados de Europa y América; darles á conocer el progreso de aquellas sociedades, en los varios ramos que forman la educación y la beneficencia públicas; comparar aquellos establecimientos con los de nuestro país, dirigidos á igual objeto; exponer los nuevos adelantos y el resultado de las observaciones últimas de los sabios; y tratar en fin de estimular la opinión de nuestro país hácia una clase de conocimientos únicos, en que puede asegurarse estar vinculada su futura prosperidad.

El Ateneo de Madrid que en los dos años que cuenta de existencia tiene dadas tantas pruebas de su celo por el bien público, se apresuró pues á abrir sus puertas á tan ilustre profesor y á estimularle á regentar una de sus cátedras, mientras permaneciese en esta Corte, á lo cual el señor Sagra se prestó bondadosamente, y sin mas preparación preliminar empezó su importante trabajo.

La numerosa y distinguida concurrencia que ha acudido en las noches de los miércoles á los salones del Ateneo, ha escuchado con el mas vivo interés y natural simpatía una explicación clara, metódica y llena de filosofía de la condicion de las clases menesterosas en los primeros estados de Europa y norte americanos; el profesor, deduciendo de esta condicion respectiva el número mayor ó menor de los delitos, ha hecho ver la necesidad imperiosa de mejorar la condicion de las clases pobres, y extender generalmente el beneficio de la educación; luego descendiendo á los pormenores de los medios aplicados en otros países y su comparación con el nuestro, ha hablado de las casas de niños expósitos, de las salas de asilo, y de la educación de los ciegos (1).

Este es el último punto que le ha tocado tratar hasta ahora, y despues de poner á la vista del público infinidad de datos y observaciones sobre la materia, quiso

hacerle ver prácticamente en la noche del miércoles 21 lo que puede esperar la constancia humana de la laboriosidad y aplicación de aquellos seres desgraciados. Sabedor de que en esta corte existia un hombre benéfico (D. Juan Manuel Ballesteros, director de los Sordo-mudos), que sin protección ni estímulo alguno ha intentado la educación de algunos niños ciegos, se dirigió á el el señor Sagra, estimulándole á que presentase al Ateneo la niña *Isabel de Diego*, ciega de nacimiento, como una prueba convincente de las explicaciones que anteriormente habia hecho en su cátedra. Hizolo así en efecto, y la distinguida sociedad que se reunió aquella noche, pudo admirar los prodigiosos adelantos de esta niña en la lectura, escritura, aritmética, geografía y música, en términos de hacer insensible la falta absoluta del sentido mas precioso y vital. Esta niña es la misma de quien hablamos en el número 55 del *Semanario*, y cuyo retrato dimos tambien, acompañado del de otro cieguecito Faustino Samaniego.

Concluida la explicación y los ejercicios, el entusiasmo de la concurrencia llegó á tal punto, que allí mismo se improvisó una suscripción para formar un dote á esta desgraciada niña; y habiéndose brindado el mismo señor *La Sagra* á depositar su importe en una caja de ahorros de París (por carecerse desgraciadamente entre nosotros de un cuarto de hora la siguiente lista de suscripción que continuaremos en los números siguientes con los nombres que probablemente seguirán aumentándola.

Don Francisco Martínez de la Rosa, 100 rs. D. Salsiano de Olózaga, 100. D. Juan Arias y Giron, 100. D. Luis San Clemente, 50. Marqués de Falces, 100. Marqués de Valgornera, 100. D. Benifacio Fernandez de Córdoba, 60. D. Rafael Alba, 80. D. Francisco de Paula Paig, 60. D. José Mariano Vallejo, 60. D. Pedro Albrador, 20. D. Francisco Trebiño, 40. D. Pedro Lamaiguere, 40. D. Antonio Carrillo, 100. D. Pedro Castelló, 100. D. Juan Castelló, 100. D. José Manuel Montalvan, 60. D. Manuel de la Riva Herrera, 100. D. Federico Victoria, 20. D. Estanislao de Goñi, 20. D. Bernardo Ansaldo, 40. D. Gines Giron y Ulloa, 100. Don Domingo Ansaldo, 40. D. José Olózaga, 60. D. Antonio de las Heras, 40. D. Ramon de Mesonero, 60. D. José Ignacio Barril, 40. D. Francisco de Paula Roda, 20. D. José Eusebio Mendieta, 20. D. Teodoro de Azcarate, 20. D. Francisco Acebal y Arratia, 100. D. José María Monreal, 50. D. Ramon de la Sagra, 100. D. Tadeo Ruiz Ogarrio, 20. D. Juan Acchedo, 80. D. Eusebio Campuzano, 20. D. José Santos y Mateos, 20. D. José Escario, 60. D. Eduardo Rodriguez, 40. D. Diego Agreda, 40. D. Juan Gonzalez Caboreluz, 60. D. Basilio Castellanos, 20. D. José Morales Santisteban, 60. D. Julian Saiz del Rio, 40. D. Pedro Anuedo, 20. D. Ramon Bastante, 4. D. José Palido Espinosa, 6. D. Rafael Reinoso, 10. D. Manuel Reinoso, 10. D. Ramon Argüelles, 6. D. Felipe Martinez, 20. D. Vicente Florez, 10. D. Mariano Riquelme, 10. D. Benito María Vivanco, 20. D. Joaquin Verdugo, 10. D. Francisco Bugallal, 4. D. Juan Gomez, 20. D. Valentin Franco, 10. D. Ventura Riva, 10. D. Fernando Rodriguez, 10. D. Francisco Irigoyen, 4. D. José Martinez, 8.

NOTA. El conserje del Ateneo, D. Pedro Ortiguera está encargado de recibir las cantidades para este objeto filantrópico, y llevar la lista completa de los suscritores, que se publicará para su satisfaccion.

(1) En los números siguientes daremos á nuestros lectores alguno de los mas interesantes discursos del señor *La Sagra*.